

de los restos de la antigüedad. Esto lo denota bien un pasaje de la descripción de las construcciones sixtinas hecha por Fontana. El célebre arquitecto no duda aquí en citar también entre las merítimas obras de su señor el derribo de importantes restos de las termas de Diocleciano que le mandó Sixto V, porque impedían el acceso a Santa María de los Ángeles (1). En la misma obra Fontana con toda tranquilidad, como si se tratase de una cosa enteramente justificada, desenvuelve el plan de transformar el coliseo en una fábrica de paños de lana. «El Papa, así añade, intentaba con ello no sólo fomentar la industria sino también procurar a los mendigos vivien- das gratuitas; si Sixto hubiese vivido todavía un año, ¡habría eje- cutado esta útil empresa!» (2).

La indiferencia para con las ruinas antiguas en los artistas de entonces relacionábase también sin duda con la exagerada concien- cia de su propio valer (3). Tampoco fueron en modo alguno los artistas, sino los conservadores romanos los que se interesaron por algunos monumentos antiguos a los que amenazaba el ardor de construir de Sixto V. Se resolvió dirigirse primero al cardenal San- tori, alegando la bula expedida por Pío II para la protección de los monumentos antiguos (4). Dicho cardenal refiere en su autobiogra- fía, que en el año 1588 se presentaron en su casa varios delegados y en nombre del pueblo romano propusieron la petición de que disuadiese al Papa de la intentada destrucción del Septizonio, del arco de Jano y del sepulcro de Cecilia Metela. Santori accedió a esta petición; acompañado del cardenal Colonna fué a ver a Sixto V. Su respuesta fué que intentaba quitar las antigüedades faltas de belleza y hacer restaurar las demás donde fuese necesario (5). Más

(1) V. Fontana, *Trasportazione*, I, 88^s. Cf. además el *Avviso que hay en el núm. 26 del apéndice, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. *ibid.*, II, 18 s., donde Fontana ilustra con un dibujo un plan com- pleto de la transformación del coliseo. Cf. Orbaan, *Avvisi*, 311; Jordán-Hül- sen, *Topografía*, I, 3, 286; Clementi, *Il Colosseo*, Roma, 1912, 196 s. En el último año de su gobierno Sixto V hizo quitar los escombros que se habían amontonado alrededor del Coliseo; v. *Bullett. d. Commiss. Archeol. Comun.*, XXX (1902), 305 s.; Rodocanachi, *Les monuments antiques de Rome encore existants*, París, 1920, 127.

(3) Cf. Wölfflin, *Renacimiento y barroco*, 12.

(4) Cf. Lanciani, III, 12.

(5) Santori, *Autobiografía*, XIII, 181. Nada hay aquí de que, como se indica comúnmente siguiendo el ejemplo de Papencordt (*Hist. de la ciudad de Roma en la edad media*, Paderborn, 1857, 356), el sepulcro de Cecilia Metela sirviese de guarida de bandidos.

todavía que la apreciación estética era decisiva en esta intercesión la circunstancia de que los romanos se consideraban aún los inme- diatos descendientes y herederos del *Senatus populusque Roma- nus*. La excitación que se apoderó de los representantes de la Ciudad Eterna, movió a Sixto V a no tocar un monumento tan popular como el sepulcro de Cecilia Metela. Pero no perdonó a los restos del Septizonio erigido por el emperador Septimio Severo en el ángulo sudoeste del Palatino, cuando se desplomaron algunas columnas del pórtico de tres pisos. Las preciosas especies de mármol y granito de la llamada por el pueblo Escuela de Virgilio, ruinas tan pintorescas como singulares, empleáronse en nuevas construccio- nes (1). Está atestiguado expresamente, que en general se sintió en la Ciudad Eterna la desaparición de los restos de este monu- mento ya antes del siglo VIII caído en ruina, porque se recordaba que Bramante había manifestado en otro tiempo, que no había mejo- res modelos para los arquitectos que el Septizonio y el Coliseo (2).

Que Sixto V no era un absoluto despreciador de los restos de la antigua Roma, muéstralo el hecho de que poco después de su ascensión al trono nombró en la persona de Horacio Boari un enér- gico comisario para la guarda de las antigüedades (3). En pro de algunos monumentos antiguos ha adquirido el Papa hasta «méritos imperecederos» (4). Él fué quien dedicó su solicitud a las dos colo- sales columnas de triunfo de los emperadores Trajano y Marco Au- relio, dejando espacio libre a aquélla, salvando a ésta de una ruina cierta por medio de la restauración de Fontana y proveyéndola de un nuevo pedestal (5). Designa por manera extraordinaria las ideas

(1) Cf. Hülsen, *El Septizonio de Sept. Severo*, Berlín, 1886; Jordán-Hül- sen, *Topografía*, I, 3, 100; Stevenson en el *Bullett. Com.*, XVI (1888), 268 s.; Berto- lotti, *Art. Lomb.*, I, 87 s.; Bartoli en el *Bollett. d'arte*, III (1909); Petersen en las *Comunicaciones romanas*, XXV (1910), 56 s.; Lanciani, IV, 137 s.; Hülsen en la *Revista para la historia de la arquitectura*, V, 1 ss.; aquí, p. 23 s. hay un ejemplar comparado repetidas veces con el manuscrito del *Archivio segreto ponti- ficio*, de la Misura et stima della disfatura de tutta la fabrica della Scuola di Vergilio over Settizonio, que D. Fontana y Próspero Rocchi presentaron el 15 de mayo de 1589 a la Cámara Apostólica. V. además T. Dombart, *El Septizonio Palatino de Roma*, Munich, 1922, 14, 57.

(2) V. el *Avviso* de 14 de septiembre de 1588 en Orbaan, Roma, 305 s.

(3) V. Lanciani, IV, 123.

(4) Juicio de O. Richter (*Topografía de la ciudad de Roma*², Munich, 1901, 76). Sin la energía de Sixto V, dice Lanciani (III, 146), la columna de Marco Aurelio se hubiese hundido.

(5) V. Fontana, I, 86; Lanciani, II, 127 s., III, 146 s.; Orbaan, *Sixtine*

de Sixto V el haber emprendido a la vez cristianizar en cierto modo estos dos grandiosos monumentos, que debieron su origen a la deificación de entrambos emperadores. Fontana en su descripción de las empresas arquitectónicas de Sixto V explica cómo el Papa, atento a la glorificación de la cruz, había querido borrar también los recuerdos paganos. Dice que por eso había sido destinada la estatua del príncipe de los Apóstoles, San Pedro, para la columna de Trajano, que en otro tiempo había sostenido la estatua del mayor y mejor de los emperadores paganos, y la estatua de San Pablo para la que formaba juego con aquélla. La colocación dirigida por Fontana de las doradas estatuas de bronce de los príncipes de los apóstoles fué especialmente difícil en la columna de Marco Aurelio. Los modelos para las estatuas trazólos Tomás della Porta; en la estatua de San Pedro tuvo también parte Leonardo Sormani de Sarzana, y en la de San Pablo Constantino de' Servi (1).

Sixto V miraba los monumentos de la antigüedad con ojos muy diferentes que los hombres del Renacimiento; al contemplarlos tenía siempre ante la vista como Tasso (2), que el reino de Cristo había vencido y sujetado al paganismo. Por eso según su determinación las columnas de Trajano y Marco Aurelio debían en lo futuro no sólo dar testimonio del vano triunfo de la antigua Roma (3) sobre los dacios y marcomanos, sino ser transformados ellos mismos en monumentos elocuentes de la victoria del cristianismo. De ahí provino el que las imágenes de los emperadores con que en otro tiempo estuvieron coronadas ambas columnas, se reemplazasen por las estatuas de los actuales dominadores espirituales de Roma, los príncipes de los apóstoles. Sobre la cima de la columna de Trajano

Rome, 267 s. Diseño de la columna de Trajano según un fresco de la villa Massimo en Pastor, Sisto V, tav. 7. Ibid., tav. 8 hay un diseño de la columna de Marco Aurelio según un fresco de la Biblioteca Vaticana.

(1) Cf. Fontana, I, 86; Baglione, 144; Gaye, III, 473 s.; Bonanni, I, 393 s.; Fea, Miscell., II, 9; Bertolotti, Art. Lomb., I, 75, 80 s., 201, 219; Art. Bol., 79; Stevenson, 18, 23; Bullett. d. Commiss. Archeol. Comun., XXIV (1896), 179 s.; Lanciani, II, 128, III, 147 s., IV, 153 s.; Orbaan, Avvisi, 299 s., 305, 306 y Conti di Fontana, VII, 423 s.; Cerrati, 18; L'Arte, X (1907), 136; Anuario de la colección prusiana de arte, XXXIII, 270; Bartoli, Cento vedute di Roma antica, Firenze, 1911, 39. El *Avviso de 29 de agosto de 1589 notifica: El lunes visitó el Papa quella mole Antoniana restaurata di commissione della S. S. così bene con le sue inscrizione [v. Forcella, XIII, 129] nella base et in cima, che rende maraviglia et stupore ad ognuno. Urb., 1057, p. 535, *Biblioteca Vaticana*.

(2) Cf. Tasso, Opere, II, Firenze, 1724, 480.

(3) Cf. la colección de poesías de J. Fr. Bordini dedicada a Sixto V, p. 25.

se colocó el 28 de septiembre de 1587 la estatua del apóstol San Pedro (1); aquel emperador que más había extendido las fronteras del Imperio romano, cedía el campo al pobre pescador de Galilea, cuyo dominio espiritual ya en el siglo V había avanzado más que cualquier ejército romano victorioso (2), y cuyo sucesor todavía poco antes había recibido los homenajes de costas y pueblos, cuya existencia apenas barruntó el tiempo de Trajano (3). Un año más tarde, en 27 de octubre de 1588, la estatua de Marco Aurelio, violento perseguidor de los cristianos, fué sustituida en la cima de la columna a él consagrada, por la del apóstol San Pablo (4); también en realidad ya hacía tiempo que el perseguidor había tenido que ceder al mártir, y el medio olvidado escritor Marco Aurelio (5) con las vanas contemplaciones de sí mismo propias de su filosofía al apóstol, que también por la fuerza de la palabra escrita había sido un verdadero maestro de los pueblos, un sol en el reino de las inteligencias (6). Después de una misa cantada en San Lorenzo in Lucina ejecutóse entre solemnes ceremonias la bendición de la columna de Trajano por el patriarca Gonzaga de Jerusalén, y la de la columna de Marco Aurelio por el patriarca Camilo Caetani de Alejandría. Por la transformación de los monumentos paganos en cristianos

(1) *Diarium P. Alaleonis, p. 339^b, *Biblioteca Vaticana*.

(2) Prosper Aq., De ingratia, I, 40 s. (Migne, Patr. lat., LI, 97):
Sedes Roma Petri; quae pastoralis honoris
Facta caput mundo, quidquid non possidet armis,
Religione tenet.

Cf. De vocat. omnium gentium 2, 16 (Migne, loco cit., 704). Al mismo pensamiento se alude también en las preces litúrgicas para bendecir la columna de Trajano (con las palabras de San León Magno, Serm. 82, c. 1, en Migne, LIV, 423): Praesta, ...ut sicut per sacram b. Petri Sedem dissolutis terrenae sapientiae vanitatibus eictisque daemonum cultibus Urbem hanc caput orbis effici, ac latius tua religione, quam dominatione terrena praesidere voluisti, ita nullis eam permittas perturbationibus concuti etc. (*Diarium P. Alaleonis, p. 341, loco cit.). Cf. también el raro escrito compuesto por P. Galesino y dedicado a César Speciani: Dedicatio columnae cochlidis Traiani Caes. Augusti ad honorem s. Petri, Romae, 1587. Al final está aquí impreso el Ordo dedicationis in honorem s. Petri.

(3) La embajada japonesa partió de Roma el 3 de junio de 1585; cf. el vol. XXI.

(4) *Diarium P. Alaleonis, p. 408 ss., loco cit.

(5) Entonces se tenía su columna por la de Antonino Pio.

(6) Cf. las preces para la bendición de la columna de Marco Aurelio: *Concede, ...ut Urbem istam, quam olim vanitatum errorumque magistram coelestis eloquii sui radiis b. Paulus illustravit, discipulamque veritatis effecit etc. [cf. San León Magno, loco cit.: quae eras magistra erroris, facta es discipula veritatis]. Diarium P. Alaleonis, p. 410, loco cit.

queda patente y como personificado ante los ojos de todo el mundo un profundo pensamiento del humanismo cristiano: que bajo la dirección de la divina Providencia todos los hechos de la antigüedad clásica en paz y en guerra, en la ciencia y en el arte sólo habían servido para formar el zócalo sobre el que se levantó el edificio del cristianismo, y que todos los productos de las fuerzas humanas son en conclusión propiedad del Criador y Dios de los cristianos y han de servir al cristianismo y con esto obtener una honra mayor (1).

En las preces con que las dos columnas se consagraron a su nuevo destino, aparece aún otro pensamiento, que demuestra qué cambio se había efectuado en la apreciación de las antigüedades con la restauración católica. Cuando estaba floreciente la época de los humanistas, casi se morían de admiración a vista de las obras de Grecia y de la antigua Roma; se veían en ellas solamente las manifestaciones asombrosas de un despliegue de fuerza conquistador del mundo, y de un arte y civilización llegados a una altura insuperable. Ahora se dirigía también la atención al reverso; para conocerlo, basta sólo considerar que los suntuosos edificios de la antigüedad debían su magnificencia al trabajo de las manos de los esclavos. Su brillante vestido está tejido, como dice San Jerónimo, escritor predilecto de Sixto V (2), de los padecimientos de infelices y del trabajo penal de condenados; cuelgan lágrimas y quizá sangre de las brillantes gemas y camafeos, de los artísticos capiteles, frisos y estatuas. Además no podremos sustraernos al pensamiento de que todo aquel fausto se desplegaba al servicio de la soberbia, de la bruta fuerza bélica y de la sensualidad y por tanto al servicio de poderes enemigos de Dios. Pero como según las ideas cristianas el hombre por el pecado se envilece hasta convertirse en esclavo de Satanás (3), así también la criatura de Dios de que usa para pecar, se mancha por decirlo así con el abuso y cae en cierta esclavitud (4). Por eso antes que las dos columnas fuesen tenidas por dignas de

(1) Debajo la pintura de la columna de Trajano adornada con la estatua de San Pedro, que se hallaba en la villa Montalto, estaban estos versos:

Quid Traiane doles quod te Petrus aeneus urget?

Desine nobilior hinc tibi surgit honor.

Massimo, Notizie, 130.

(2) Domus miserorum poenis et damnatorum labore vestitae. Epist., 46 (Paulae et Eustochii ad Marcellam), n. 10, en el Corp. script. eccl. lat., LIV, 341.

(3) Hieron., In ep. ad Rom., VIII, 34.

(4) Ibid., VIII, 19.

sostener las estatuas de bronce bendecidas de los príncipes de los apóstoles, efectuóse en ellas el exorcismo, la conjuración de los malos espíritus. «Yo te conjuro, se dice en las preces de la bendición, piedra criada por Dios, en el nombre del Padre todopoderoso, en el nombre de Jesucristo, su Hijo, Señor nuestro, y en la virtud del Espíritu Santo, para que estés purificada, a fin de sostener la imagen del príncipe de los apóstoles, y quedes libre de toda mancha del paganismo y de todo embate de la malicia diabólica» (1).

Cuán común se había hecho el espíritu de la restauración católica, que se expresaba en estas manifestaciones, muéstranlo numerosos dichos de los contemporáneos, que hablan con entusiasmo de la transformación de monumentos paganos en cristianos efectuada por Sixto V (2). Al número de los poetas que se declararon en este sentido (3), pertenece también Torcuato Tasso; entusiasmado celebró la cruz, que se levantaba ahora sobre el obelisco de ante San Juan de Letrán, como la señal que venció a la muerte (4). Sentimientos de este género se ofrecen en todas partes al cristiano contemplador de la Ciudad Eterna, y quizá más notablemente cuando desde las ruinas de los palacios de los emperadores dirige la mirada a la cúpula de San Pedro y a las demás iglesias numerosas de Roma: aquí la muerte, allí la vida. Quien no está en el punto de vista cristiano, apenas ciertamente podrá apreciar como es debido el proceder de Sixto V, pero tal vez reconocerá que apenas quedaba otro camino.

(1) Semejantes exorcismos se habían practicado en la Iglesia desde el principio del cristianismo sobre la base del Evangelio (Marc., XVI, 17).

(2) Además del pasaje de Galesino, comunicado en el núm. 38, 4 del apéndice del vol. XXI, cf. el pasaje de la Relatione al Papa Sisto V en Ranke, III, 77* (sin indicación del lugar donde se halla), los pasajes de Tempesti, I, 411 y Maffei, Hist. ab excessu Gregorii XIII, ed. 1753, 3. C. Foglietta advierte en su *Lettera citada arriba, pág. 162, nota 1: Et era dovere che Roma già ricettatrice di tutti gl'errori del mondo fatta poi maestra de la verità non ritenesse più memoria di quel male, anzi da quel male ne cavasse Sisto V questo bene d'honorare Dio con quello che quelli lo dishonoravano. Ottob., 568, Biblioteca Vaticana.

(3) En el escrito de P. Galesino, mencionado arriba, pág. 201, nota 2, hay impresas poesías a la consagración de la columna de Trajano a honor de San Pedro, de Guillermo Blanco (Smi cubiculi intimus), de Silvio Antoniano, Jerónimo Badesio (Romanus) y P. Angel Camers a Roccha. Cf. las poesías de P. A. Borgeo en Ciaconio, IV, 118. También la colección de poesías de J. Fr. Bordini (arriba, pág. 162, nota 2) respiran enteramente este espíritu; cf. principalmente las poesías al obelisco vaticano (19), al colocado junto a Santa María la Mayor (23) y a la estatua de San Pedro de la columna de Trajano (25).

(4) Tasso, Opere, II, 466. Una idea parecida expresa J. Fr. Bordini (Carmina, I, 23) en su poesía al obelisco de junto a Santa María la Mayor.

Pues es cosa cierta que los monumentos que recuerdan un suceso determinado o a personas particulares, comúnmente caen en ruina sin salvación posible, cuando ya no existen aquellos para los que estaban destinados y que tenían interés en su conservación. Si las memorias en general son la expresión monumental de ideas determinadas, con cuya caída también ellas han de derrumbarse, apenas hay otro camino para conservarlas, que despojarlas de su carácter primitivo y ponerlas en consonancia con las ideas reinantes (1). Esto lo hizo Sixto V también otras veces. En el Capitolio pudo en esto seguir el ejemplo de su bienhechor San Pío V, el cual con una muy significativa inscripción había consagrado al verdadero Dios este lugar quizá el más importante de la historia universal (2). No estuvo en armonía con esto el proceder del senado, que en tiempo de Gregorio XIII hizo colocar en la nueva torre del Capitolio (3) una antigua estatua de Júpiter entre Minerva y Apolo. Ya siendo cardenal había Sixto V hallado inconveniente en esto; hecho Papa, dió a entender con palabras severas a las autoridades de la ciudad de Roma, que no quería tolerar que permaneciesen en pie estas estatuas, que recuerdan grandemente el paganismo y su idolatría. Júpiter y Apolo hubieron de ser retirados; sólo Minerva pudo permanecer después que su enorme lanza se hubo cambiado por una poderosa cruz de bronce. Sixto quiso mostrar con esto, que en la Ciudad Eterna sólo *uno* reinaba: el Hombre Dios y Redentor nuestro Jesucristo (4).

Cuán escrupulosamente se atendía entonces al carácter cristiano de Roma, muéstranlo también las deliberaciones respecto de la supresión de sobrenombres paganos en los títulos de algunas iglesias de cardenales, como, por ejemplo, Santa María sopra Minerva, lo cual sin embargo no aprobó Sixto V (5). Como no se debía

(1) V. Riegl, *El moderno culto a los monumentos*, Viena, 1903.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XVII.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(4) V. *Vita Sixti V ips. manu emend.*, en Platner, *Descripción de Roma*, I, 702; Galesino, **Annales Sixti V*, Vat. 5438, p. 85, *Bibl. Vaticana*; Gualterio, **Ephemerides, Biblioteca Victor Manuel de Roma*; la **Lettera de C. Foglietta en el Ottob.* 568, *Bibl. Vaticana*. Cf. *Riv. Europ.*, XXII (1880), 385; Orbaan, *Avvisi*, 283 s. Sobre monedas análogas v. Martinori, 11 s. Los Trofeos de Mario se trasladaron en 1590 al Capitolio; v. Rodocanachi, *Capitole*, 83. Cf. *ibid.*, 92 s. sobre la construcción de una fuente en el Capitolio y p. 105 sobre el mejoramiento de las cárceles de allí.

(5) En el **Diarium audient. card. S. Severinae* se dice al 18 de marzo

mezclar lo sagrado con lo profano, deseó en cambio que se mudase el nombre de la calle Spoglia Christi situada junto al Macello de' Corvi. También quiso que se diese otro nombre a la Plaza Sciarra, porque recordaba a Sciarra Colonna, el opresor de Bonifacio VIII (1). Pertenece además a este lugar la supresión de una inscripción que había en una antigua estatua situada delante de San Clemente, la cual, falsamente entendida, había dado motivo a la formación de la leyenda de la papisa Juana (2).

No hay que figurarse a Sixto V como enemigo absoluto de la antigüedad. Siendo simple franciscano había poseído el libro de Marliano sobre las antigüedades romanas, y siendo Papa tenía trato con el docto Fulvio Orsini y aceptó que le dedicase una obra sobre monumentos antiguos (3). En efecto Sixto V sabía apreciar obras artísticas antiguas, aun como tales, cuando no recordaban especialmente el paganismo. Así las estatuas de Posidipo y Menandro halladas junto a San Lorenzo in Panisperna las hizo llevar a su villa del Esquilino, de donde en tiempo de Pío VI fueron a parar al Museo Vaticano (4). Todavía es más notable el cuidado que mostró

de 1587: In audientia consistoriali: De tollendis nominibus gentilitatis in aliquibus titulis ut S. Maria supra Minervam et similibus: Quod videtur difficile propter designationem certam et substitit ac non visum est ei hoc probare. *Archivo secreto pontificio*, LII, 19.

(1) *S. S. aborrisce anco quel nome della contrada sopra Macello de Corvi detta Spoglia Christi per non miscere sacra profanis et parimenti il nome di piazza di Sciarra perche Sciarra Colonna fece prigionero Papa... et pero si dice che S. S. imporrà a questi luoghi nuovi nomi. *Avviso de 27 de enero de 1588, Urb.*, 1056, p. 36, *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. Döllinger, *Las fábulas sobre los Papas en la edad media*², Munich, 1863, 27 s.; Tomassetti en el *Bullett. d. Commiss., Archeol. Comun.*, 1907; Orbaan, *Sixtine Rome*, 247. Cf. también R. Engelmann, *La papisa Juana*, en el *Suplemento del domingo de la Voss. Zeitung*, 1907, núm. 607, y Lanciani, *Wanderings through ancient Roman Churches*, Boston, 1924, 189.

(3) V. Orbaan, *Sixtine Rome*, 248 s., 250, donde hay pormenores sobre la obra Gallus Romae hospes, dedicada al Papa por Demontiosius (Luis de Montoise).

(4) V. Massimo, *Notizie*, 172 s. Michaelis escribe en su artículo por otra parte tan esmerado sobre el patio de las estatuas del Belvedere (*Anuario del Instit. Archeol. Alemán*, V, 48): «Sixto V meditaba nada menos que el plan de no tolerar por más tiempo en el Vaticano el Laoconte y el Apolo con las otras estatuas paganas», y alega para ello a Ranke, *Los Papas*, I⁸, 312, quien por su parte cita un pasaje de la **Vita Sixti V ips. manu emend.*, que está impreso en Platner, I, 702 s. Pero allí no se dice una palabra de las estatuas del Belvedere. En cambio refiere un *Avviso de 10 de febrero de 1588* (en Orbaan, *Avvisi*, 303): Si dice che si tramutaranno in luogo di miglior vista quelle belle statue che sono in cima alli corritori di Belvedere di marmo.

de las dos estatuas de mármol de los Domadores de caballos, que una inscripción posterior atribuyó a Fidias y Praxiteles. Esta obra artística que respira toda la nobleza de la antigüedad, había dado al Quirinal su nombre Monte Cavallo: allí estaba sobre una basa, no muy antigua, tosca y baja. Sixto V mandó la restauración de los magníficos caballos por los escultores Vacca, Flamini, Leonardo Sormani y Pedro Pablo Olivieri y la traslación del grupo a la plaza del Quirinal por él construída, donde sobre un pedestal más alto, vueltos paralelamente a la Puerta Pía, hallaron una digna colocación (1).

La idea del triunfo del cristianismo sobre el paganismo, a la que debió su origen la coronación de las columnas de Trajano y Marco Aurelio por las estatuas de los príncipes de los apóstoles, fué también junto con los motivos estéticos, la causa determinante de la colocación de los cuatro obeliscos y de su coronación por la señal victoriosa del Gólgota. Con ello Sixto V dió a Roma un ornato, cual ninguna ciudad del mundo poseía (2).

De las numerosas altas columnas cuadrangulares apuntadas que terminaban en una pequeña pirámide, de los antiguos egipcios, traídas a Roma en tiempo de los emperadores, a las que los romanos llamaban obeliscos (3) y la edad media agujas (4), sólo una había permanecido en su sitio primitivo: el esbelto monolito de granito rojo de 25,5 metros de altura, que Calígula había hecho venir de Heliópolis a Roma, y ordenado que se erigiese en medio de la esquina del circo por él comenzado y terminado por Nerón. Una baldosa de piedra en el suelo delante del primer pasillo que conduce de San

(1) V. Arch. Rom., II, 232; Bertolotti, Art. Svizzera, Bellinzona, 1886, 19 y Art. Lomb., I, 77; Bullett. d. Istit. Germ., XIII, 260 s., XXVI, 318 s.; Bullett. d. Commiss. Archeol. Comun., XXIV (1896), 186; Bonnani, I, 421; Lanciani, IV, 155 s. Las inscripciones en Fontana, I, 87 s. Cf. el fresco del palacio lateranense en Pastor, Sisto V, tav. 10.

(2) V. en el núm. 38, 4 del apéndice del vol. XXI el pasaje de Galesino, *Anales, *Bibl. Vaticana*. Que la colocación de la cruz fué la idea más peculiar de Sixto V, dícelo expresamente Fulvio-Ferrucci (172). El mérito de Sixto V en haber reconocido el valor del obelisco como adorno de la ciudad, lo alaba C. Foglietta en su *Lettera citada arriba, pág. 162, nota 1, que se halla en el Ottob. 568, *Biblioteca Vaticana*.

(3) Cf. Mercati, *Degli obelischi di Roma*, Roma, 1889; Gorringer, *Egyptian Obelisks*, London, 1885; O. Marucchi, *Obelischi egiziani di Roma*, Roma, 1898.

(4) El nombre Aguglia o Guglia, que el romano usa todavía hoy para designar el obelisco vaticano, está relacionado sin duda con el francés aiguille (aguja).

Pedro a la sacristía, designa el lugar donde este notable monumento, lleno de leyendas, al que en otro tiempo daban la vuelta en las corridas los caballos con sus carros, bastante oculto, en parte cubierto de escombros, a la sombra de San Pedro dominaba las pequeñas casas que se habían pegado a la poderosa basílica como nidos de golondrinas (1).

Ya el primer Papa del Renacimiento, Nicolás V, había concebido el plan de colocar el obelisco vaticano en medio de la plaza de San Pedro, ante el gran templo del príncipe de los apóstoles, entre las colosales estatuas de bronce de los evangelistas y coronar su cima con una estatua del Salvador con una cruz de oro en la mano derecha (2). Pero ni él ni sus sucesores Paulo II, Paulo III, ni últimamente Gregorio XIII, que había tenido el pensamiento de trasladar el obelisco (3), se habían atrevido a intentar esta difícil empresa. Era necesario un hombre como Sixto V para acoger de nuevo el plan y ejecutarlo.

Cuán difícil era levantar de su sitio un tan enorme coloso de piedra de más de 25 metros de altura, bajarlo, llevarlo a otro lugar y erigirlo allí de nuevo, esto se sabía por las indicaciones de Plinio sobre el transporte del obelisco vaticano y por la relación de Amiano Marcelino sobre la erección del obelisco en el Circo Máximo por Constancio. Desde más de mil años a ningún arquitecto se había encargado semejante incumbencia; tampoco en parte alguna se podían hallar proyectos circunstanciados para el mecanismo que se había de emplear en esta obra. Por efecto de lo cual los más célebres arquitectos del Renacimiento, Miguel Ángel y Sangallo, habían declarado imposible la ejecución del plan. Pero para Sixto V ninguna cosa era imposible. Persistió en la ejecución tanto más, cuanto que, como se dice en su vida corregida por él mismo, deseaba ver los monumentos del paganismo sometidos a la cruz en el mismo lugar en que en otro tiempo los cristianos habían sido puestos en cruz (4). Sólo cuatro meses habían transcurrido desde que fué investido de la suprema dignidad, cuando los romanos vieron en medio

(1) La inscripción dice: Sito dell'obelisco sino all'anno 1586. Cuán profundamente hincado en la tierra estaba el obelisco, muéstralo el dibujo de Dosio-Cavaliere de 1569, reproducido por Ersilia Caetani-Lovatelli en Roma, *Rassegna illustr. dell'Esposiz. del 1911*, núm. 5, p. 16.

(2) V. nuestros datos del vol. II.

(3) Cf. nuestros datos de los vols. III y XX.

(4) V. el pasaje en el núm. 40 del apéndice del vol. XXI.